

ARTAJO, PERFIL DE UN MINISTRO EN TIEMPOS DE AISLAMIENTO

Florentino Portero
U.N.E.D.

Introducción

1945 comenzaba con los peores augurios para la España de Franco. Después de años de quiebras diplomáticas, actitudes altaneras hacia las potencias liberales y una no-beligerancia proEje, el régimen nacido del golpe de estado de Julio de 1936 y de la Guerra Civil tenía que hacer frente a un nuevo orden internacional cuyos cimientos descansaban en la lucha y la victoria sobre los principios que le daban sentido. La conferencia de San Francisco, encargada de redactar la Carta fundacional de la naciente Organización de Naciones Unidas, vetó la entrada de España al aprobar un artículo por el que se negaba la condición de miembro a aquellos estados cuyos gobiernos se hubieran formado con la ayuda de las potencias del Eje. La influencia de la oposición republicana a través de la delegación mexicana era patente, sin embargo el respaldo de las grandes potencias no permitía restar importancia al hecho. La cumbre de Potsdam corroboraría esa actitud: aunque la petición soviética de bloquear económica y diplomáticamente a España fue desestimada, los gobiernos de Washington y Londres no dudaron en poner por escrito su firme decisión de condicionar la inclusión de España en los nuevos organismos internacionales a cambios políticos que pusieran fin a la experiencia franquista y dieran paso a formas de gobierno representativas.

La actitud de las grandes potencias, unida a una beligerante opinión pública europea y en especial francesa, produjo en las clases dirigentes y en amplios sectores de la sociedad española una no disimulada an-

gustia. El rechazo a la prepotencia y al aventurismo falangista durante los años de la Guerra Mundial, que habían involucrado innecesariamente a España con las potencias del Eje, cundió entre las clases altas españolas. La posibilidad de la restauración monárquica se sintió más conveniente que nunca en los medios burgueses, preocupados por los efectos que el intervencionismo de las grandes potencias podría tener en la estabilidad política y económica. Los «Don Prudencio», como malévola mente los llamaba el joven y radical Carrero en sus encendidas charlas radiofónicas¹, comenzaron a actuar en estrecho contacto con las embajadas occidentales.

En medio de este ambiente el general Franco efectuó un importante cambio de gobierno en julio de 1945. El tono general de los nuevos ministros apuntaba hacia una disminución de la influencia política de los falangistas en provecho de los sectores conservadores más tradicionales. En especial, los representantes del joven catolicismo político se auparon a las carteras de mayor relieve, siendo su mayor exponente Alberto Martín Artajo, nuevo ocupante del Palacio de Santa Cruz en uno de los momentos más dramáticos de la historia diplomática española.

La formación de un dirigente católico

Alberto Martín Artajo era un madrileño de cuarenta años, nacido en una familia vinculada a los movimientos católicos de reforma social. Había sido educado, con provecho, por la Compañía de Jesús y logrado la Licenciatura en Derecho por la Universidad Complutense. De gran formación jurídica, ganó por oposición la prestigiosa plaza de letrado del Consejo de Estado. Al mismo tiempo que desarrollaba una importante carrera jurídica, su interés por la política le llevó a militar en las filas del nuevo catolicismo político, ocupando en 1931 la secretaría general de la Acción Católica. Durante los años de la II República concentró su actividad pública en el periodismo, convirtiéndose en editorialista de *El Debate* de la mano de una de las figuras emergentes más atractivas de esta corriente política: Angel Herrera Oria. La Guerra Civil le llevó, tras un azarosa salida de Madrid, a militar en las filas del nuevo régimen, desde puestos técnicos y en torno a lo que ya era su especialidad: la legislación social. Entre sus trabajos de aquellos años cabe

¹ COSA, Juan de la. *Comentarios de un español y las tribulaciones de Don Prudencio*. Valencia, 1949.

destacar su aportación al texto del Fuero de los Españoles.² A la altura de 1945 este joven político tenía ya un cierto nombre entre la nueva clase política, hasta el punto de hablarse de él como candidato a un Ministerio de Trabajo que debía dejar atrás su sello falangista. Alberto Martín Artajo era un hombre del régimen, convencido de que la democracia en España sólo traía caos y revolución. Monárquico de formación, anteponía en estos años de postguerra y confusión el mantenimiento del orden a la restauración. Persona honrada, trabajadora y de principios, quintaesencia del nuevo político «católico», se dispuso a colaborar en la empresa de perfeccionar el sistema político nacido de la experiencia bélica. Sus objetivos principales eran arrinconar a las huestes falangistas, que tantos desmanes habían cometido y tanto desprestigio habían acumulado para la «Nueva España», desarrollar un entramado jurídico que diera consistencia al régimen, respetando en lo posible las libertades individuales, y animar una restauración que debía ser resultado de la voluntad conjunta de Franco y D. Juan. Para tan arduos cometidos Artajo iba pertrechado del consejo de la jerarquía católica y del siempre amigo ngel Herrera Oria, de un carácter débil y de una excesiva ingenuidad.

Rasgos de una personalidad

La para muchos sorprendente elección de Artajo para la cartera de Exteriores tenía un claro significado político. Franco era consciente de las dificultades que le esperaban en la escena internacional como consecuencia de su política profascista, tanto en el exterior como en el interior. La fragilidad económica de España la hacía vulnerable a presiones del exterior. Para evitarlas ideó un plan a corto plazo: se combinaría una actitud de firmeza para desanimar el intervencionismo con la imagen de una España católica, conservadora y monárquica, en continua evolución hacia un régimen de mayores libertades, perfecta garantía contra el auge del comunismo o la inestabilidad. Para ello se valió de la retórica, de jóvenes valores con cierta credibilidad, como Artajo, y de un conjunto de leyes que parecían abrir vías hacia una cierta liberalización. Si las potencias extranjeras no malograban con su «torpe intervencionismo» el proceso, la nueva España desarrollaría un marco legal que garantizaría la representación política y las libertades individuales.

² TUSELL, Javier. *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Alianza Editorial. Madrid, 1984, págs. 36 y 37.

siempre dentro de un estado de orden donde los procesos revolucionarios serían imposibles. El colofón de este proceso institucional, siempre según el discurso oficial, sería la restauración de la monarquía. En el medio plazo Franco confiaba en que la alianza de guerra, el entendimiento soviético-americano, se rompería por incompatibilidad de intereses, desapareciendo así la plataforma desde la que se cuestionaba su régimen. Con la crisis entre los grandes llegaría un clima prebélico y entonces la situación estratégica de la península ibérica y el anticomunismo de su régimen se convertirían en valores en alza.

Artajo no era útil a Franco por sus conocimientos técnicos ni por sus habilidades políticas. Lo que el Caudillo buscaba en él era credibilidad y lealtad. Nadie mejor que este nuevo valor político, militante en otros tiempos en organizaciones juveniles eclesíásticas de carácter internacional y entonces máximo representante del catolicismo político, para dirigirse a los dirigentes conservadores y, sobre todo, demócratacristianos demandándoles cordura en su política hacia España. El intervencionismo sólo podría provocar la paralización del supuesto proceso democratizador o la reanudación de la guerra civil. Debían resistir los intentos de la izquierda de arrastrarlos a una política contraria a sus intereses y asegurar que la transición hacia la monarquía legítima, capitaneada por el propio Franco, concluyera felizmente. Como representante diplomático de España, Artajo estaba lejos de los estereotipos de militar reaccionario o de falangista exaltado. Hombre mesurado y de buenas maneras, culto y áltamente preparado para la gestión administrativa, representaba un talante acorde con los vencedores de la guerra mundial.

Artajo cumplió, en la medida en que era posible, la función para la que había sido llamado, aun en contra de su voluntad. Tras consultar con la jerarquía católica aceptó un delicado encargo político convencido, porque Franco se lo había dado a entender aunque nunca aclarado explícitamente, de que el cometido del nuevo gobierno era dirigir el proceso restaurador. Así el mensaje de prudencia y respeto al principio de no intervención en los asuntos internos de un estado soberano que debía trasladar a los embajadores ante el estado español se hizo desde la credulidad en un proceso que sólo estaba en su imaginación. Siempre disciplinado y fiel, se sometió a los dictados y cambios de rumbo del Caudillo, proporcionando racionalidad, organización y cierto prestigio a su política. En todo momento la definición de la política exterior estuvo a cargo del propio Franco, siendo Artajo el responsable de su ejecución. Con dificultad se podrán encontrar rasgos de su personalidad en el diseño de la acción exterior, aunque su talante y estilo impregnan el discurso y el soporte jurídico de la diplomacia española.

La «cuestión española»

El nombramiento de Artajo no podía evitar el proceso de aislamiento al que España iba a ser sometida por culpa del origen de su sistema político, de su ideario y, sobre todo, de la política exterior proEje realizada durante los años de la II Guerra Mundial. Sin embargo, resultó una figura útil en la táctica franquista de ganar tiempo antes de la imposición de sanciones y en el cambio de imagen del Régimen: el arrinconamiento de las camisas azules y los correaes paramilitares y el mayor protagonismo de los conservadores tradicionales.

Frente al fascismo militante de Serrano, o al estilo exaltado y reaccionario de Lequerica, Artajo retomó la línea desarrollada por Jordana, quizás el mejor ministro de Exteriores que tuvo el franquismo. Rechazó, como aquél, el carácter fascista del Régimen, subrayando sus componentes católicos y conservadores. Justificó la estrecha relación con Alemania e Italia por su ayuda en la lucha contra la revolución comunista en España y por el objetivo común de derrotar a la Rusia Soviética. Distinguió, si bien con poco éxito, entre el frente oriental y el occidental en el conflicto mundial: si en el primero habían sido beligerantes en el segundo se atuvieron a la neutralidad. Afirmaciones que poco pudieron ante el peso en contra de las evidencias. Ante las amenazas intervencionistas se atuvo al principio de no intervención en asuntos internos de un estado soberano y denunció insistentemente el protagonismo soviético en las propuestas antiespañolas en Naciones Unidas.

La evolución de la «cuestión española» dependió poco de la posición española. Desde el momento en que Franco, a pesar de sus vagas promesas, no dio pasos firmes hacia la restauración borbónica las potencias anglosajonas quedaron sin argumentos ante las presiones soviéticas y de sus opiniones públicas. Sin embargo, la retórica utilizada por Artajo en aquellos años de postguerra y el estilo algo más moderado del gobierno y, en especial, de la diplomacia facilitaron el giro proespañol tras el estallido de la «guerra fría». Franco y Carrero habían acertado. La convivencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el sistema internacional ideado durante el conflicto resultó imposible ante el incumplimiento soviético de los acuerdos de Yalta y la administración norteamericana revisó en profundidad sus posiciones. A partir de marzo de 1947 el gobierno de Moscú dejó de ser un aliado problemático para convertirse definitivamente en una potencia expansionista sustentada en un credo dictatorial que ignoraba los derechos fundamentales del individuo. La «contención» de aquella amenaza requería de un nue-

vo realineamiento de fuerzas. Para entonces la anticomunista España no resultaba un peligro para la estabilidad internacional, como se había denunciado hacía pocos meses en Naciones Unidas, sino un sólido aliado que disfrutaba de una privilegiada situación estratégica para las necesidades del despliegue militar americano en Europa. Su gobierno continuaba disgustando a la Administración y a la sociedad norteamericana, pero ya no había razones para intervenir en sus asuntos internos ni para mantener el aislamiento ¿cómo se podía justificar limitar la representación diplomática en España si se mantenían relaciones normales con las repúblicas populares?

Las nuevas alianzas internacionales

Los años de aislamiento internacional del Régimen forzaron a la diplomacia española a desarrollar líneas de acción que, si bien habían sido elaboradas en el plano teórico e ideológico, nunca se habían llevado plenamente a la práctica. Este hecho, forzado por las circunstancias, tendría consecuencias determinantes para el futuro de la acción exterior española hasta nuestros días.

Durante las primeras décadas del siglo xx se produjo un intenso debate sobre el papel de España en América. El nuevo «hispanismo» tendría pronto connotaciones conservadoras o liberales en función del enfoque ideológico que se le diera; se habían dado los primeros pasos para un futuro relanzamiento de la presencia española en sus antiguas colonias. En los años de la guerra mundial Franco había proyectado por primera vez la acción española en América Latina mediante la «Falange exterior», instrumento de penetración ideológica dirigida a favorecer la difusión de los nuevos credos fascistas en los antiguos territorios coloniales. Con la Falange Exterior Franco y su régimen daban muestra de cuales eran sus auténticos objetivos en el continente, unos objetivos que se convertirían en un grave problema para sus relaciones con las repúblicas locales una vez que Estados Unidos lograra una movilización antiEje en la región. Sólo Argentina, en disputa con los Estados Unidos por el liderazgo local, ayudaría de forma efectiva a la España de Franco en aquellos momentos difíciles. Para Artajo el reto era, una vez más, desmontar la diplomacia falangista y convencer al mundo, en este caso a los pueblos de habla española, del carácter conservador y no fascista del Estado Español. Bajo su dirección el ambicioso Consejo de la Hispanidad se transformó en Instituto de Cultura Hispánica, al mismo tiempo que el Ministerio se dotaba de una Dirección General de

Relaciones Culturales. La herencia común —lengua, religión, cultura— se convertirían en la base sobre la que proyectar la nueva presencia española en América Latina, tratando de hacer olvidar la innegable tentación fascista, aunque sin renunciar a su carácter nacionalista y antidemocrático. Valgan como ejemplo estas palabras de Martín Artajo en la celebración del Día de la Hispanidad de 1949:

No es la igualdad de raza, en el sentido puramente biológico que a este concepto dieron otros imperios, lo que nos une, pues para celebrar nuestra fiesta de familia se congregan hoy pueblos que pertenecen a los grupos étnicos más heterogéneos. No es siquiera lo cardinal el idioma común (...) Lo que nos ata y nos vincula es (...) Un mismo sentido de la vida. Es la preferencia por los valores éticos y espirituales sobre los principios económicos: porque los pueblos hispánicos, bien que a costa de inmensos sacrificios, han sabido posponer siempre los intereses al honor y al deber a lo largo de la dramática carrera de su historia. Es nuestro profundo respeto a la personalidad humana, a los sagrados derechos del individuo: respeto que no tolera imposiciones de fuerza o violencia. Es nuestro concepto de la familia como base de la organización social y política, robusto y saludable concepto que nos liberta por igual de los errores del individualismo liberal y del totalitarismo absorbente del Estado. Es, en fin, la magnífica herencia de nuestra recia fe católica, profesada fervientemente por nuestros abuelos y que hoy sigue informando nuestra vida social y nuestras instituciones.⁵

La nueva política no fue capaz de limitar el liderazgo norteamericano en la región. Con la Resolución de Naciones Unidas la mayor parte de las republicanas iberoamericanas retirarían sus embajadores de Madrid, sin embargo sería el punto de arranque de una revisión de sus políticas. La Guerra Fría despertó un profundo sentimiento anticomunista, lo que facilitó una mayor comprensión de la causa franquista. Aunque el modelo político español despertaba antipatía en la región, el marco ideológico facilitaba su defensa. No se trataba de ganarse el apoyo de las mayorías sino el respeto de los gobiernos. Elemento clave en esta política fue la defensa del principio de no injerencia en los asuntos internos de un estado soberano, claramente violado por Naciones Unidas en el caso español. Esas repúblicas, particularmente sensibles a las intromisiones de su poderoso vecino del Norte, vieron en el abortamiento de la «cuestión española» la defensa del propio interés.

⁵ *Hacia la comunidad hispánica de naciones. Discursos de A. Martín Artajo desde 1945 a 1995* Madrid, 1956, pp. 34-35

Con éxito se saldó también el acercamiento español a las naciones del bloque árabe. También aquí resultó definitivo el principio de no intromisión, al que estas naciones por razones históricas evidentes resultaban muy sensibles. A ello había que sumar la peculiar política que el propio Franco desarrollaba en la región, distanciándose de las potencias coloniales, en especial de Francia, y manifestando una extraña simpatía hacia las causas independentistas. Pronto se haría evidente la contradicción entre dicha política y los intereses españoles en el Magreb.

El fin del aislamiento

El respaldo conseguido por la diplomacia española de las naciones de América Latina y del Mundo árabe suponía un importante triunfo y una inyección de ánimo pero resultaba insuficiente, tanto para salvar el aislamiento impuesto por Naciones Unidas como, sobre todo, para liberar a los españoles del mucho más doloroso rechazo de las naciones de su propio continente, de su propio entorno cultural e histórico. Entonces, como siempre, el objetivo fundamental de la diplomacia española estuvo en Europa Occidental y en los Estados Unidos.

Artajo destacó a estas embajadas lo mejor de un cuerpo diplomático que, desde siglos atrás, no había brillado por su eficacia. La falta de interés por los acontecimientos externos, el «ensimismamiento» de la sociedad y de la clase política española por sus propios problemas llevó a un cierto abandono de la acción exterior que había repercutido en su principal cuerpo administrativo. En estos diplomáticos tuvo que apoyarse Alberto Martín Artajo para lanzar la más importante iniciativa diplomática española en décadas, con el agravante de no poder disponer de funcionarios con rango de embajador al estar las respectivas sedes al frente de encargados de negocios. Una nueva generación de jóvenes y activos diplomáticos tomaba el relevo. Ellos serían el instrumento del que se valdría el Ministro para, estado a estado, formar núcleos proespañoles con elementos de la vida política, económica, universitaria y religiosa. La cohesión vendría de un conjunto de argumentos de indudable sello Artajo: denuncia de la Resolución de Naciones Unidas por suponer una intromisión en los asuntos internos de un estado soberano, denuncia del protagonismo soviético para lograr una reversión del resultado de la Guerra Civil, importancia histórica de la aportación cultural española, carácter católico y anticomunista de la nueva España en «perfecta» sintonía con la nueva realidad occidental, contradic-

ción entre el aislamiento diplomático a España y el reconocimiento a las repúblicas populares, recordatorio de la importancia del mercado español para algunos productores o distribuidores y, sobre todo, destacar la importancia estratégica de la península ibérica en el posible escenario de una III Guerra Mundial.

La campaña de la diplomacia española en los estados del bloque occidental fue una realidad y su dirección fue inequívocamente de Artajo. Sin embargo, a la hora de valorar sus efectos sobre el fin del aislamiento, hay que reconocer que fueron limitados. En general la falta de pericia de los diplomáticos, su personalidad antidemocrática y el profundo desprestigio del régimen mermaron gravemente su capacidad de influencia. En Gran Bretaña, el estado europeo donde el *lobby* proespañol fue más importante, la razón de su consistencia hay que buscarla en la importancia de la política hacia España en el debate interno y la influencia de alguna personalidad de gran relieve del Partido Conservador. Donde el *Spanish lobby* sí se convirtió en una realidad por obra de la acción española fue en Estados Unidos, pero no tanto por influencia de Martín Artajo como de su principal enemigo político: su predecesor en el cargo José Félix de Lequerica. En Estados Unidos el papel de la diplomacia española sí fue importante para entender el cambio de su posición y, consiguientemente, el fin del aislamiento español.

El Concordato

Capítulo especial en la diplomacia franquista fueron siempre las relaciones con el Vaticano. Al hacer de la catolicidad elemento esencial de la identidad del Régimen, la postura que adoptara el Papa hacia el gobierno español tenía una trascendencia indudable. Una de las misiones más delicadas e importantes que Franco encomendó a Martín Artajo fue la consecución de un nuevo Concordato que regulara las relaciones Iglesia-Estado en el marco político resultado de la Guerra Civil y que sirviera de público testimonio del carácter católico de España. Martín Artajo, hombre de fe y de principios, venía actuando en la contradicción de defender el principio monárquico y servir a aquél que lo hacía imposible. Como resultado tendría que asumir una nueva contradicción, la de representar el catolicismo político en contra de las directrices de la Santa Sede.

El Vaticano estaba muy agradecido a Franco por su actuación durante la Guerra Civil, pero su confianza en él se había reducido seriamente durante los años de la II Guerra Mundial, por su respaldo a la

política «totalitaria» y anticatólica de Falange y su alianza con el Fascismo y el Nazismo. En marzo de 1945 el embajador de España ante la Santa Sede informaba de una entrevista mantenida con Montini. Tras reconocer la mala imagen de España ante el mundo conservador italiano escribía:

«refiriéndose a rumores circulados nuevamente sobre anunciada proclamación de D. Juan me ha preguntado qué sabía de las relaciones entre D. Juan y Generalísimo Franco etc. También me ha hablado del proyecto de celebrar elecciones municipales mencionadas en telegrama circular 49 del año pasado del cual le informé oportunamente. Se diría que en el Vaticano, precisamente por el alto aprecio que nuestro Gobierno le merece y para afianzarlo de los ataques exteriores corrientes quisiera verlo consolidado sobre la base indiscutible democrática».⁴

En Agosto de aquel mismo año, el mismo embajador informaba a Martín Artajo de la actitud del Santo Padre y del Vaticano hacia el régimen en los siguientes términos:

«la franca actitud favorable del Santo Padre hacia nosotros ha influido debidamente sobre las altas jerarquías de la Iglesia residente en Roma. (Siempre, claro está, sobre la base supuesta de la liquidación de la Falange afín al Nacismo (sic) y del Fascismo). No obstante la permanencia latente de ciertas falsedades o tendencias doctrinales, sentimientos nacionales etc. obligan a continuar alerta para evitar reincidencias».⁵

Por su parte, el Nuncio en España monseñor Cicognani no tenía reparo en reconocer al embajador británico en Madrid, Mallet, que Franco debía abandonar el poder, así como su profundo rechazo a la Falange⁶. En este marco debía cumplir Artajo su misión, en un principio mantener unas óptimas relaciones, después subscribir el Concordato.

Ante la evolución de la «cuestión española» el Vaticano se alineó con la posición moderada representada por las potencias anglosajonas y, en especial, por Gran Bretaña: la mejor solución sería la restauración monárquica desde el propio Régimen y una paulatina apertura hacia un modelo democrático equiparable al del resto de las naciones de Europa Occidental que integrara al conjunto de los grupos sociales. Por propia experiencia histórica la Iglesia Católica había llegado al convencimien-

⁴ APG FJE MAE Leg. 5 de Bárcenas a Lequerica. 15.3.45

⁵ APG FJE MAE. Leg.6 de Bárcenas a Martín Artajo. 11.8.45

⁶ PRO FO 371/49.617 De Mallet a Bevin. 26.11.45

to de que un régimen de libertades era la mejor salvaguardia de sus propios intereses frente a los nuevos totalitarismos. Sin embargo, esta percepción del Vaticano no era compartida por una parte muy importante de la jerarquía y de los católicos españoles, convencidos de que para España la mejor opción era la dictadura de Franco.⁷

Cuando a partir de 1949 y con la llegada de Ruiz Giménez a la Embajada ante la Santa Sede España demandó la redacción de un nuevo Concordato, sin el pleno apoyo de Martín Artajo que no lo consideraba necesario, sólo encontró reservas. Los católicos españoles se sentían incomprendidos cuando no desairados por su máxima jerarquía, aparentemente desorientada por la corriente demoliberal en la que habían caído muchos de sus dirigentes políticos. Un ejemplo especialmente significativo fue lo ocurrido en torno al viaje del propio Martín Artajo a Roma para estar presente en la apertura de la «Puerta Sagrada» durante las Navidades de 1949. El más católico de los ministros de Asuntos Exteriores hizo el viaje por iniciativa propia, sin previa invitación. Como el Vaticano se apresuró a explicar al cuerpo diplomático allí acreditado, tampoco fue invitado, como hubiera sido lo normal, al «Circolo di Roma», club privado en el que se homenajeara a las personalidades que se acercaban a propósito del Año Santo, ni se avanzó en lo concerniente al Concordato. Prueba de todo ello fue la mínima cobertura que la prensa católica dio a la presencia del ministro español. Sin embargo, el Vaticano reconocía que la transición a la Monarquía estaba paralizada, en parte por la poca capacidad de D. Juan y de sus consejeros, que el Régimen de Franco era sólido y que el mal menor era aceptarlo.⁸ Si a estos condicionantes políticos se sumaba la posición profranquista de la jerarquía y los católicos españoles es fácil entender por qué, a pesar de su primera toma de postura, el Vaticano finalmente aceptó la firma de un Concordato, cuyas negociaciones comenzarían formalmente en Febrero de 1950. Para Martín Artajo y en general para el catolicismo español, el Concordato era algo novedoso, expresión de una relación excepcional entre un estado católico y la Iglesia de Roma. Por el contrario, el Vaticano trató de restarle importancia, dando a entender que era sólo la formulación en un documento de acuerdos previamente establecidos.⁹ Una vez más la Santa Sede trataba de minusvalorar una relación que le resultaba incómoda a pesar de los muchos beneficios que le deparaba. Aunque había logrado el Con-

⁷ PRO FO 371/73341, de Perowne a Bevin, 6.2.48

⁸ PRO FO 371/89498 De Perowne a McNeil, 31.1.50

⁹ TUSELL, Javier, *Franco y los católicos ...* pp. 272-273

cordato, Martín Artajo no dejó de sentirse incomprendido y maltratado por el Vaticano. No podía entender que el Estado más católico de Europa pudiera resultar incómodo al Papa, como difícilmente pudo entender el cataclismo que para muchos católicos antiliberales supondría el inmediato Concilio.

Los Acuerdos con los Estados Unidos

Si, como hemos indicado anteriormente, la campaña internacional dirigida por Martín Artajo tuvo limitados resultados en Europa, no se puede decir lo mismo de la actividad desarrollada en Estados Unidos. Sin embargo, en este caso el protagonismo no correría a cargo del Ministro sino de un «inspector de embajadas». Con tan singular denominación se presentó José Félix de Lequerica en nuestra legación en Washington y allí permaneció, ante el escándalo de la diplomacia americana y de la española, por voluntad de Franco. Lequerica coordinó el *Spanish lobby* con indudable éxito y, en contra del deseo de Martín Artajo, se convirtió en el primer embajador de España en esa nación tras el levantamiento del bloqueo diplomático.¹⁰ El trabajo de Lequerica aceleró el fin del aislamiento, facilitó la llegada de fondos e inversiones y agilizó lo que era el elemento básico con el que Franco confiaba en lograr el apoyo a medio de plazo de Washington: una relación defensiva estable que permitiera a España superar la doble humillación de haber sido excluida del Plan Marshall y del Tratado del Atlántico Norte.

Las negociaciones para la firma de los Acuerdos con Estados Unidos fueron dirigidas desde el Palacio del Pardo. El resultado, de sobra conocido desde los trabajos de Ángel Viñas y Antonio Marquina, reflejaba el equilibrio de fuerzas entre los firmantes: la primera potencia del mundo y un estado repudiado por sus vecinos. A cambio de ayuda económica y militar y de un cierto reconocimiento, España cedía el uso conjunto de bases. Dos aspectos de la negociación implicaban una seria humillación para el más nacionalista de los regímenes que España ha conocido. En primer lugar los Estados Unidos no consideraban un compromiso de mutua defensa ni elevar el texto a la categoría de Tratado, se quedó en un Acuerdo entre ambos gobiernos que no pasaría por

¹⁰ Son muchos los testimonios escritos sobre las malas relaciones entre Martín Artajo y Lequerica. Valga como ejemplo Archivo Martín Artajo. De Martín Artajo a Lequerica. 16.12.50

el Congreso norteamericano. En segundo lugar, y mediante una cláusula secreta, se reconocía el derecho del gobierno de Washington a utilizar las bases para lanzar ataques nucleares contra la Unión Soviética, en caso de previa agresión de Moscú, sin el consentimiento del Gobierno español. La decepción que Martín Artajo sufrió quedó patente en dos textos de 1958¹¹, cinco años después de su firma. En ellos reconocía la insatisfacción de la sociedad española, la insuficiencia de los fondos aportados, en especial si se comparaba con el Plan Marshall, lo limitado de la ayuda militar sin negar su importancia para la modernización de las Fuerzas Armadas y denunciaba el alto coste en materia de seguridad. Por todo ello pedía la no renovación automática de los acuerdos, prevista para 1963,

«... si no se consigna en ellos, de un modo explícito y terminante, que cualquier ataque al territorio español será considerado por los Estados Unidos como una agresión al territorio norteamericano (...) A la hora de revisar los Pactos del 53, la opinión pública española no pide, pues, ni una contrapartida política, como pudiera serlo nuestro ingreso en la NATO, que, además, no está en la mano de los Estados Unidos el concederlo; ni una compensación económica de más crecida ayuda, ya que aquel país ha iniciado una etapa de restricción de sus gastos en el exterior. Lo que piden los españoles es, clara y rotundamente, nuevas garantías para nuestra seguridad correspondientes a los nuevos riesgos que derivan de las armas nuevas. (...) Queda por decir una cosa: que si los nuevos y costosos dispositivos a que obliga el refuerzo defensivo de las bases fuerzan a España a gastar sumas mayores en su sostenimiento, es natural que la ayuda económica para gastos militares sea acrecentada. Y, asimismo, que, si se da por cancelada la etapa americana de grants o donaciones, nos deben alcanzar, en cambio, los beneficios de las nuevas modalidades de ayuda a las economías nacionales en pleno desarrollo. Singularmente, en forma de créditos para bienes de equipo a largo plazo y con bajo interés».¹²

Desde su condición de exministro trataba de reparar los graves defectos que contenía el texto que a él tocó firmar. Ese sería uno de los objetivos de su sucesor, el nacionalista Castiella, que fracasó en el intento.

A diferencia de los dos ministros que le precedieron y sucedieron Martín Artajo fue un político de muy limitada personalidad. Difícil-

¹¹ *El primer lustro de los Convenios hispanoamericanos*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1958. Expira la vigencia de los Pactos con Norteamérica *Ya* 24.11.1958.

¹² MARTÍN ARTAJO, Alberto. «Expira la vigencia de los Pactos con Norteamérica» en *Ya* 24.11.1958.

mente se puede hablar de una política o doctrina artajista, de un enfoque original sobre un tema concreto... Fue un fiel y correcto ejecutor de las consignas que recibía del Pardo, aún cuando aparentemente fueran en contra de su voluntad. Dio coherencia y puso orden en una acción exterior cambiante y contradictoria. Aportó profesionalidad a un cuerpo diplomático poco acostumbrado a grandes empresas... y poco más. Fue, en fin, un buen ministro-subsecretario de Asuntos Exteriores en uno de los períodos más delicados de nuestra acción exterior en los últimos siglos.